



Los hoteles de Acapulco, Cancún, etc., reportarán llenos completos.



No fueron suficientemente previsores para hacer reservaciones de hotel.



Los precios suben que es un verdadero escándalo.



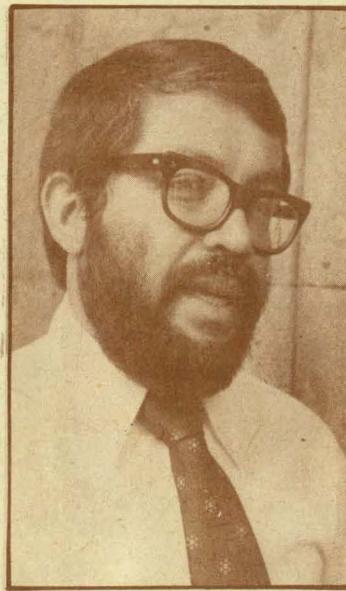
Obreros, campesinos y sub-ocupados se angustian cada vez más.

# La Inflación

18 NOV - 1979

# Somos Todos

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



El que se inicia hoy es un "puente" tan largo como el Golden Gate. El prolongadísimo fin de semana que se forma con el de costumbre y las fiestas de Todos los Santos y los Fieles Difuntos se inició, para muchos, el viernes 26, conforme al apotegma de que "semana mala hay que echarla fuera". Y así, las carreteras y los sitios de descanso habituales han estado repletos durante estos días, y lo estarán hasta el domingo próximo.

Si usted pertenece a la clase media que puede darse el lujo de viajar para reposar aprovechando resquicios como éste, pero no fue suficientemente previsor para hacer reservaciones de hotel con una anticipación no menor de cuatro semanas, seguramente tendrá que quedarse en casa, y contentarse con esporádicas y rápidas salidas de ida y vuelta, porque será imposible que encuentre alojamiento en los lugares convencionales a que suele acudir este segmento de la sociedad mexicana. Seguramente los hoteleros de Cancún, Acapulco, Ixtapa, Zihuatanejo, Puerto Vallarta y aun Puerto Escondido y Puerto Ángel, o más cercanamente los de Cuernavaca, Cuautla y sus proximidades reportarán índices de ocupación completa. Con eso aumentarán la ufanía de las autoridades de turismo, actividad cuya participación en el producto nacional bruto aumenta no en virtud de las tareas de tales

autoridades, sino de fenómenos económicos como nuestra desventaja en el cambio de moneda, respecto del turismo extranjero, y el ambiente sicológico de inflación que aumenta y se expande entre nosotros.

Todos los días puede uno, en efecto, comprobar que el ansia consumista se agiganta y contribuye al aceleramiento de la espiral inflacionaria. Es bien conocido, entre los economistas, este componente sicológico de la inflación, y los legos en la materia podemos comprobarlo cotidianamente. Uno recibe, de pronto, un domingo por la mañana, la visita de un amigo, jinete en una flamante, iridiscente motocicleta como de "mordelón". Uno pregunta, naturalmente, si esta poderosa máquina sustituye a otra, más pequeña, pero de adquisición igualmente reciente, que uno ha conocido. No, es la respuesta. La compré aparte. Y ponemos expresión de asombro, derivado de saber que en la casa donde vive este visitante su esposa y su hija son también dueñas de sendas motocicletas, y que en esa casa hay asimismo bicicletas caras para cada uno de ellos, y tres automóviles, uno de ellos equipado para días de campo, y un órgano eléctrico.

Este nuestro amigo se ha caracterizado, hasta ahora, por su espíritu ahorrador, lo que le ha permitido, junto con la eficacia de su trabajo y su talento creador, montar una pequeña fábrica de productos metálicos. Seguramente capta en nuestro rostro el asombro de que hablamos, causado por que haya roto tan abruptamente las fronteras de su austeridad, porque se adelanta a explicarnos que siente que el dinero ya no vale nada. Mejor hay que gastarlo en cuanto llega a nuestras manos, dice. No vaya a ser que ocurra de nuevo otra devaluación, o que mañana las cosas estén todavía más caras. Fíjate, por ejemplo, esta "Kawasaki": iba a comprarla en julio, antes de irme a Europa. Pensé que algo podría ocurrirme durante el viaje y que mi mujer tendría que cargar con los pagos. Por eso aplacé la compra. En dos meses el precio pasó de 125,000 a 150,000 pesos, es decir el veinte por ciento de aumento.

Este es un razonamiento típico entre los clase medieros que llenan los restaurantes (en viernes por la noche hay quienes hacen verdaderos peregrinajes, en las zonas del caso, para encontrar sitio dónde cenar) y los parajes de descanso, y las líneas aéreas, y las agencias automotrices. Los aficionados a sustituir cada año su automóvil por el modelo de más reciente aparición saben que si no se apalabran con su vendedor, y le ofrecen un sobreprecio, pueden quedar largos meses en lista de espera, para que los surtan.

Esta compulsión por gastar ahora (no siempre aquí, pues ello favorece también la salida de divisas por la vía del turismo hacia el exterior) es una muestra de que somos parciales al atribuir al gobierno, o a la iniciativa privada, de manera exclusiva, la génesis o el descontrol de la inflación. En rigor, con hábitos desenfrenados de compra, los miembros de la clase media contribuimos poderosamente a incrementarla. En tal sentido, la inflación somos todos.

O bueno, casi todos.

Cuando entre tales miembros de la clase media la conversación se trivializa y recae en la carestía, todo el mundo se queja, lo cual es propio de esa clase, y ofrece evidencias que por los demás todos conocen. Que si mi muchacha va al mercado sobre ruedas y me reporta los precios: suben que es verdaderamente un escándalo. O que a veces en el super uno encuentra más baratas las cosas que en los tianguis o en el mercado público. O que quién sabe a dónde vamos a dar con estas alzas. En el fondo, sin embargo, el fenómeno, en las capas altas de esa clase media es más político o sicológico que económico, pues sus colchones financieros les permiten capear el temporal, aunque parezca ya plena tormenta.

Sin embargo, los sectores propiamente obreros y los campesinos y los subocupados se angustian cada vez más. Los asaltos a tiendas habidos recientemente así lo muestran. Ellos no pueden ser incluidos, por supuesto, entre los contribuyentes a la inflación, porque sus consumos, lejos de crecer, van disminuyendo, conforme quedan fuera de su presupuesto artículos que alguna vez les fueron asequibles pero que se instalan por efectos de la carestía en niveles inalcanzables.

Peor aún les va a los desempleados. Ciertamente, las cifras son (Sigue en la página 69)